
COLOMBIA: RECONSTRUCCION DE LA ESFERA PUBLICA Y VOTO CIVICO-INDEPENDIENTE

Oscar Delgado* y Miguel E. Cárdenas**

INTRODUCCION

A Colombia le llegó el fin de la historia política al comenzar el Frente Nacional. En el último medio siglo ha habido muchas noticias o eventos más o menos intrascendentes, pero ningún hecho social sustantivo, como un proceso real hacia la inclusión de los excluidos, etc.; por tanto, un cambio significativo en lo estructural, regimental o sistémico (1). La sucesión cuatrienal de personajes que —uno tras otro— ocupan la presidencia, hasta el presente no comporta cambios o procesos transformativos de alguna significación. El modelo de acumulación del capitalismo salvaje no ha cesado ni ha sido morigerado.

La población persistía en su indiferencia ante los eventos de cualquier orden, producidos ya fuera en las cumbres elitistas o en los espacios bélicos de la guerra sucia (guerrillas, ejército, paramilitares y narcotraficantes). Los científicos sociales, los escritores y los periodistas concentraban sus objetos observables sobre incidentes menores acontecidos en las estructuras de las élites y del Estado, y pocas veces —y con escasa difusión— dirigían sus miradas hacia la población, quizá por considerar el aparente conformismo de la gente; su real pasividad desde la terminación de la primera violencia, y su desorganización e impotencia (ausencia de sociedad civil y de una esfera pública).

Ahora continúan aplicándose estrategias elitistas de dominación social —represión y cooptación— mientras están cambiando aceleradamente las mentalidades colectivas, y a partir de las nuevas representaciones y mapas cognitivos —permeados por emociones o por la razón no-instrumental—, (re)acciones masivas tan insospechadas como la pérdida de las lealtades tradicionales a los símbolos de la autoridad dominante —las élites político-económicas— y de los sentimientos de pertenencia hacia los “partidos” tradicionales.

No es sólo el cambio de actitudes, intencionalidades o motivaciones, sino el paso a las acciones individuales y colectivas, su conversión de súbditos quizá no a actores, pero sí a actuantes, todo ello como producto del proceso de subjetiva-

ción individual y colectiva. A lo que se añade, más recientemente, (a) el debilitamiento de la tradicional manipulación de la opinión a través de los medios, y la consiguiente recuperación de la esfera o espacio público de corte liberal, interrumpido durante las últimas cuatro décadas (2), y (b) la transformación de la matriz estado-céntrica, la politización de elementos tradicionalmente considerados privados o prepolíticos, la privatización de otros pertenecientes a las esferas pública y estatal y, según una autora (3) el proceso formativo de una nueva matriz de perfil sociocéntrico, ya virtual, dinamizada por nuevos actores con identidades forjadas “en torno de la lucha por el reconocimiento”. No obstante, a tal proceso se oponen la agudización del clientelismo y el que “esté viva una cultura permisiva frente al enriquecimiento rápido y fácil” (4).

Algunos cambios fueron en el pasado histórico inducidos por las propias élites o por contraélites representativas de movimientos sociales. Resulta así interesante el fenómeno actual de la formación de sujetos como actores individuales y colectivos, dada su espontaneidad, su carácter endógeno porque la élite no ha sido retada por alguna contraélite, y por la actual inoperancia o agotamiento de la eficacia de las clásicas estrategias de la dominación (represión y cooptación de la *intelligentsia* y de personas con alguna capacidad de liderazgo social).

La nueva mentalidad social fundamentada en la auto-creación del Sujeto (Touraine y otros autores escriben el sustantivo con mayúscula inicial) puede ser constatada por diversos métodos o desde varias disciplinas, por investigaciones experimentales (micro) o por observación sociológica o psicológico-colectiva desde los enfoques interpretativo, hermenéutico y fenomenológico, además del empiricista (los autores etnometodólogos ya han hecho algunos aportes en el nivel micro) (5).

(2) La esfera pública como espacio de controversia y control social a través de la prensa libre e independiente del sistema político-plutocrático, fue abruptamente cortada el 9 de noviembre de 1949 por el presidente Mariano Ospina Pérez; luego continuó el vacío por efecto de los regímenes autoritarios de Laureano Gómez y del general Rojas Pinilla, quienes mantuvieron la censura de la prensa. Durante el Frente Nacional persistió la ausencia de esfera pública debido a la incorporación de los medios de comunicación a la estructura del poder, al apoyo que le concedieron a la clase política corrupta y a la manipulación del “inepto vulgo” a través de la desinformación, los silencios y las complicidades.

(3) María Teresa Uribe de Hincapié, “La política en tiempos de incertidumbre”, *Estudios Políticos* (Medellín: Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia) N° 4 (impreso en 1995), pp. 13-26.

(4) PNUD, *La dimensión política del desarrollo humano* (Santiago de Chile: PNUD, 1994), p. 267.

(5) Un ejemplo de investigación de las mentalidades políticas populares a nivel latinoamericano es la reciente obra de Marta Harnecker, *Haciendo camino al andar* (Santiago de Chile: FLACSO-LOM Editores-MEPLA, mayo de 1995), en la que se

(*) Politólogo, profesor en la Universidad Javeriana.

(**) Investigador Fescol.

(1) Quizá con la excepción de dos instituciones nuevas que empezaron a operar en 1992: la Fiscalía General de la Nación y la Corte Constitucional, así como el recurso de tutela para garantizar los derechos fundamentales, creado por primera vez en la Constitución de 1991.

Aquí se verifica el fenómeno emancipador de la subjetivación, por el análisis del comportamiento electoral, en las elecciones de alcaldes del 30 de octubre de 1994. En estos comicios sólo se requirió el posicionamiento de un candidato a alcalde como candidato cívico-independiente (abreviadamente, C-I), confrontando a los candidatos inscritos como liberales y conservadores. La simple diferenciación de la oferta electoral (entre tradicionales y el no tradicional) convirtió en nuevo actor político local al candidato C-I y donde quiera se presentó espontáneamente un candidato anti-tradicional recibió en las urnas el apoyo de la mayoría de los electores.

Ello quiere decir que si los liberales y conservadores — la vieja clase política— hubiesen acordado presentar un solo candidato, este también habría sido sobrepasado en votación por el cívico-independiente, como aconteció en siete de los nueve municipios en los que hubo candidatos anti-tradicionales (véase el cuadro 1).

Cuadro 1
VOTACION POR CIVICO-INDEPENDIENTES (C-I)
Y TRADICIONALES EN MUNICIPIOS DONDE
GANARON LAS ALCALDIAS LOS C-I
EL 30 DE OCTUBRE DE 1994

MUNICIPIO	VOTACION EFECTIVA		NULOS + BLANCOS	VOTACION TOTAL	C.I./Trad. (%)
	C.I.	TRADICION			
Bogotá	492.389	250.280	45.205	787.874	66.3
Barranquilla	162.320	71.658	10.981	244.959	69.4
Cúcuta	68.156	42.570	7.874	118.600	61.6
Pasto	51.327	18.902	4.870	75.099	73.1
Montería	25.532	33.832	5.682	65.046	43.0
Riohacha	21.449	9.430	2.291	33.170	69.5
Sogamoso	16.535	10.565	1.361	28.461	61.0
LaDorada	14.030	9.879	697	24.606	58.7
SanAlberto	1.762	2.285	246	4.293	43.5
Yondó-Casabe	1.393	991	166	2.550	58.4
TOTALES	854.893	450.392	79.373	1.384.658	65.5

Cívico independientes (C-I) Tradicionales (lib. + con.)

Fuente: Elaborado por los autores con base en datos de la RNEC.

En el conjunto de estos municipios la suma de votos recibidos por los C-I fue de 854.893, y la suma de la votación captada por todos los candidatos liberales y conservadores, fue de 450.392. Dicho de otro modo en la votación efectiva y válida por candidatos inscritos, los C-I percibieron dos tercios del total, y el tercio restante corresponde a los demás reunidos. Por primera vez desde 1850 esos municipios han llegado a tener un alcalde desvinculado de los partidos tradicionales y elegido en medio de luchas conflictivas aunque no violentas.

En todos los casos se trató de acciones colectivas locales viabilizadas por la oportunidad —la decisión de una persona o un pequeño grupo, no vinculados a ningún partido tradicional, de liberar a su localidad del dominio de la clase política. En ese momento no existía un movimiento C-I es-

tructurado en cualquier nivel distinto del local en tales municipios. Por tanto, fue una eficaz improvisación endógena, una acción colectiva sin recursos para financiar la campaña electoral, y sin un referente hacia algún movimiento político establecido ni patrocinio alguno simbólico proveniente de los niveles nacional o departamental.

Por su parte, la masa de votantes por los candidatos C-I en octubre de 1994, no tenía una pertenencia a un supuesto movimiento C-I. Los individuos realmente independientes (por auto-identificación como tales, según encuestas) no eran hasta entonces más de un tercio del total de la población adulta, mientras dos tercios o más eran personas que no habían roto totalmente su adscripción a un partido tradicional; aun cuando sí —en un grado variable de intensidad— su clásico sometimiento de lealtad hacia el liberalismo, en mayor proporción que en el caso del conservatismo. Una hipótesis es la del comportamiento del electorado como masa en elecciones presidenciales, como comunitario en las de alcaldes, y como clientelas en las de corporaciones.

Los cambios sicológico-colectivos han acontecido sorprendentemente en un entorno carente de oposición a cualquier cosa: al régimen, al sistema bipartidista, al gobierno, a la internacionalización, etc. Y lo que es más singular, un ambiente en el cual, en el período 1949-1994, el vacío de oposiciones (6) no alcanzaba a ser compensado en mínimo grado por el ejercicio de una teoría crítica en los niveles académico y de opinión pública.

La emancipación de las constrictivas estructuras culturales de pertenencia y fidelidad del bipartidismo tradicional, siendo un paso necesario en un proceso de democracia participativa, es insuficiente si no resuelve los problemas de estructuración orgánica e ideario. Tras las experiencias dramáticas de ANAPO en 1970 y AD M-19 en 1990, se corre el riesgo de desembocar en un populismo de tercera generación (7). Como bien lo señala Touraine, las innovaciones sociales se frustran cuando los nuevos movimientos sociales, al ser “privados de una elaboración intelectual, caen en un moralismo sin sentido o en un pragmatismo de corta visión” (8). Aparte del origen endógeno, el populismo “desde arriba” es leído así por Claude Lefort:

“¿Qué significa la justicia social, cuando las medidas son decididas por un gobierno que busca obtener la obediencia de los ciudadanos a cambio de la concesión de ventajas, cuando nada tiende a despertar en el individuo la conciencia de sus derechos, el sentido de la iniciativa (...)?”

(6) Durante un período no muy prolongado, el MRL de López Michelsen hizo un poco de oposición al régimen y una crítica moderada a los gobiernos de Alberto Lleras Camargo y Guillermo León Valencia, antes de su disolución oportunista y claudicante en 1966. Desde entonces hasta hace sólo pocos meses el vacío de oposición ha sido absoluto.

(7) Pedro Santana Rodríguez escribe: “El ascenso (de ANAPO) fue vertiginoso como también lo fue su derrumbe. Este movimiento populista fue incapaz de construir una alternativa orgánica seria frente al bipartidismo compulsivo que nos ha gobernado. Desde la izquierda tampoco se logró articular una respuesta democrática”. Véase el ensayo “Modernidad y democracia”, en Miguel Eduardo Cárdenas (coord.), *Modernidad y sociedad política en Colombia* (Bogotá: FESCOL-IEPRI-Ediciones Foro Nacional por Colombia, 1993), pp. 237-316, esp. p. 291. En el caso de la segunda generación de estos movimientos, la frustración que dejó no sólo comprendió a los excluidos de la sociedad, sino a los intelectuales que apoyaron al M-19 después de su desmovilización como guerrilleros. Véase Adolfo Álvarez y Hernando Llano, “La AD M-19, ¿una tercera fuerza frustrada?”, en *Revista Foro* N° 24 (septiembre 1994), pp. 63-75.

(8) Véase *¿Qué es la democracia?* (Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 1994), p. 184.

transcriben entrevistas intensivas con la gente y las autoridades de gobiernos municipales ganados en elecciones por partidos populares: la Intendencia Municipal de Montevideo, dirigida por el Frente Amplio; en Brasil, cinco alcaldías del Partido de los Trabajadores, y en Venezuela, dos de la Causa R.

La tentación del populismo es precisamente hacer que el gobierno y el Estado devengan casi una misma cosa” (9).

RECONSTRUCCION DE LA ESFERA PÚBLICA

“La política sólo existe —escribe Lefort— donde hay una diferencia entre la esfera en la que los hombres se reconocen como ciudadanos, cada uno al otro, mientras comparten un mundo común (...). Donde la distinción entre las esferas privada y pública llega a ser opacada, ambas desaparecen. Lo que surge es algo que podría ser llamado ‘lo social’, una vasta organización de redes de numerosas relaciones de dependencia, la cual es gobernada por un aparato dominante”.

En su dimensión empírica, los conceptos normativos de ciudadanía, sociedad civil, sociedad política o espacio político, esfera pública y relación privado/público, todos ellos con referencia al Estado y a los poderes, ahora están siendo investigados, no sólo por politólogos y sociólogos sino por los historiadores latinoamericanos y “latinoamericanistas” extranjeros. Tras la saturación de la investigación economicista, la “novísima” historia liberal está ocupándose de lo social y lo político con base en las expresadas categorías analíticas (10). Un hallazgo importante en estos trabajos — que tienden a colocar en segundo plano a lo económico y al Estado como agencias de dominación— es la falsación de la teoría del desarrollo político progresivo, en el caso latinoamericano. Se ha documentado que en los niveles nacionales o subnacionales de la región, históricamente se han alternado períodos de expansión y angostamiento o contracción de las sociedades civiles; de presencia o casi ausencia de las esferas públicas. En algunos casos se advierte sobre la colonización estatal del “mundo de la vida” (tanto de la esfera pública como de la privada). Asimismo, se registran situaciones de privatización de lo público y del poder del Estado (corporativismo, clientelismo, autoritarismo, etc.) (11).

En Colombia no pudieron desarrollarse históricamente las categorías normativas liberales y liberal-democráticas de sociedad civil, ciudadanía (12), Estado de derecho, elección

competitivas y juego limpio de la política. Sin embargo, el autoritarismo de los sucesivos y prolongados regímenes de partido-Estado (las llamadas “hegemonías” partidarias estructurales que se alternaron con posterioridad al período de la Nueva Granada) no impidió la existencia de una dinámica esfera pública —de naturaleza liberal, esto es, no socialdemocrática— en la que los actores demandantes de los derechos y garantías constitucionales conculcadas por tales regímenes, fueron eminentes periodistas en ejercicio, brillantes intelectuales pertenecientes a las élites culturales u oligárquicas, y a la vez dirigentes del partido o élites opositores. Desde las postrimerías de la colonia (bajo el despotismo ilustrado de Carlos III) los precursores de la Independencia fueron los “teóricos críticos” modernos de la época (13).

La esfera pública liberal fue institucionalizada y activada en la práctica, a raíz de las tempranas disputas elitistas por el poder, inmediatamente después de la Independencia, en los años veinte del siglo XIX (centralistas versus Nariño; santanderistas versus bolivaristas), permaneciendo como una institución liberal hasta su destrucción casi total durante el régimen de La Regeneración (1885-1904) (14). No sería hasta 1910 (tras la guerra de los Mil Días y el quinquenio de Rafael Reyes), cuando sería reconstruida la esfera pública, con (a) la refundación del periodismo independiente del Estado-partido, y (b) la emergencia de la esfera intelectual socio-cultural que incluyó el movimiento educativo modernizador. Estos espacios públicos se expandieron en los años veinte, permaneciendo vigentes hasta 1949, cuando fueron brutalmente destruidos y luego del interregno violento y autoritario, no reconstruidos por el Frente Nacional.

Bajo este régimen (15), en su estructura de poder se establecieron la burocracia del Estado bipartidista, el sistema económico (incluidos los latifundistas) y el conjunto de los medios de comunicación (prensa, televisión y radiodifusión). Los cuarenta y cinco últimos años (1949-1994) (16) han sido un largo paréntesis histórico de la esfera pública y del espacio intelectual crítico, caracterizado por la manipulación mass-mediática de la opinión pública, los silencios cómplices de los medios con las vergonzosas conductas del régimen (17) y la sustitución de la crítica moderna por la academia tecno-económica instrumental.

(9) Lefort, “La representación no agota la democracia”, en *¿Qué queda de la representación política?* (Caracas: CLACSO y Edit. Nueva Sociedad, 1992), p. 141. Sobre “lo moderno como separación de lo social y lo político” véase de Antonio (Toni) Negri, *El poder constituyente: ensayo sobre las alternativas de la modernidad* (Madrid: Libertarias/Prodhufi, 1994), pp. 394-408.

(10) Tales son los conceptos heurísticos utilizados en gran parte de las ponencias presentadas en el seminario sobre “La ciudadanía política en América Latina en perspectiva histórica”, convocado por el IEPRI y el Social Science Research Council (celebrado en Bogotá, agosto 29-31 de 1995). Véanse esp. los trabajos presentados por Carlos A. Forment, Gerardo Caetano, y Marcello Carmagnani y Alicia Hernández Chávez.

(11) La profesora María Teresa Uribe de Hincapié, señala que en Colombia, “en el viejo modelo de la matriz estadocéntrica, el ámbito de lo político y de lo público eran más visibles y reconocibles (...) los proyectos políticos estaban orientados fundamentalmente hacia la conservación del Estado. Bajo este modelo, entonces, lo público y lo estatal terminaron por coincidir”, op. cit., p. 22.

(12) La noción demoliberal de “ciudadanía” ha tenido importancia en las últimas décadas, en los trabajos empíricos de T. H. Marshall (con su modelo desarrollista aplicable a la Gran Bretaña, mas no al tercer mundo) y otros científicos sociales de la modernidad (desde Reinhard Bendix), lo mismo que en las teorías normativas de los liberales contemporáneos según los siguientes enfoques: el liberal o social-demócrata de John Rawls; el neoliberal de Nozick, y el comunitarista o cívico-humanista (en su vertiente republicana y correctiva del liberalismo individualista, la “ciudadanía social” de Michael Walzer), según la clasificación presentada por Ricard Zapata Barrero, en “Hacia una teoría normativa de la ciudadanía democrática”, en la revista *Leviatán* (Madrid), Nº 59 (primavera de 1995), pp. 77-90. Véase también de Roberto Alejandro, *Hermeneutics, Citizenship, and the Public Sphere* (Ithaca, N.Y.: State University of New York Press, 1992), y de Chantal Mouffe (ed.), *Dimensions of Radical Democracy, Citizenship, and Community* (New York, 1992), esp. prefacio, pp. 1-14.

(13) Boaventura de Souza Santos distingue una “teoría crítica moderna” y otra, postmoderna. Véase su colaboración en C. Motta, op. cit., p. 268.

(14) En vista de que desde 1887, se permitió la intermitente publicación de *El Espectador* en Medellín, con una circulación modesta y un impacto político limitado localmente, en un territorio que siempre fue dominado por el conservatismo.

(15) “La debilidad de la sociedad civil y de las formas de organización democráticas de la población responsables de frenar la violencia y de crear una cultura de la tolerancia y de la participación, han chocado con una mentalidad y con unas políticas gubernamentales tendientes a favorecer siempre a los poderosos”, ha escrito Pedro Santana Rodríguez, en op. cit., p. 273. Adelante añade: “Uno de los rasgos distintivos del Frente Nacional es que durante su vigencia se legitimó el clientelismo y con él se hizo dominante la tendencia de la privatización del Estado” (p. 291).

(16) Con la excepción expuesta en la nota 6.

(17) “El periodismo antes claudicante y sumiso, ya de manera casi unánime está ocupando su puesto de fiscal del poder corrupto”, Juan Carlos Pastrana, en editorial de *La Prensa*, 9 de septiembre de 1995, p. 6. Por otra parte, el profesor Juan Gabriel Tokatlian, en un comentario titulado “Samper tiende a parecerse a Turbay” manifiesta: “Turbay cedió autonomía a cambio de un apoyo firme de las Fuerzas Armadas, y de una notable influencia de los gremios. Al régimen lo apuntalaban los grandes medios de comunicación” (cursivas añadidas), en *El Tiempo* (Bogotá), 10 de septiembre de 1995, p. 6-A.

El profesor Pierre Gilhodes, un académico francés que conoce bien a Colombia, por largos años de residencia y trabajo de campo socio-politológico en el país, escribe:

“Los partidos parecen estar demasiado vinculados a los grandes grupos económicos. Estos cuatro o cinco grupos controlan directa o indirectamente los principales medios de comunicación y son los encargados de proporcionar la financiación privada de las campañas políticas, que en Colombia no va a manos de los partidos sino de los propios candidatos (...). Los traficantes de la droga actúan de la misma manera aunque en forma clandestina” (18).

La reciente recuperación de la extraviada esfera pública liberal en Colombia es un proceso en curso, aún no consolidado pero al parecer irreversible —al menos en el corto plazo—, en el que convergen la subjetivización colectiva y el divorcio (diferenciación) entre los medios de comunicación y el Estado bipartidista, al que previamente se hallaban acoplados. Este trascendental hecho ocurrió en los primeros meses de 1995, cuando la prensa diaria bogotana —en su totalidad— permitió la difusión de los comentarios críticos de sus columnistas y abandonó su prolongada actitud de encubrimiento acerca de la corrupción del régimen, del modelo de desarrollo y de las políticas de gobierno-Estado (mal llamadas “públicas”). El nuevo sistema de valores devino en cultura de la permisividad, y la indiferencia comprendió a la comunidad massmediática, a fin de no debilitar “las instituciones”.

No obstante sus limitaciones, la vuelta de la esfera pública ofrece oportunidades para la acción de nuevos agentes sociales a través de alianzas electorales concertadas; genera la posibilidad de escapar de la apoliticidad y la entrada al juego de la política; agudiza la visión crítica y el control de la burocracia, propio de las oposiciones. En otras palabras, a la actual oposición interna al gobierno —la división de las élites políticas por un adecuado posicionamiento para las elecciones presidenciales por venir— podría seguir más tarde la formación de una oposición al establecimiento, en busca de un nuevo orden democrático. En este cambio no se hallan interesados ni el nuevo corporativismo que continúa aliado o soporte de la clase política corrupta, ni las flamantes “oposiciones” de entrecasa.

Las ideas críticas que ahora están difundiendo los medios impresos son opiniones individuales que a su vez son generadoras de opinión pública —tanto de conformismo como de oposición política—, mientras los audiovisuales al parecer estarían prescindiendo de las consuetudinarias auto-censuras, al presentar las noticias de un modo menos manipulativo, dentro de las restricciones impuestas por la publicidad comercial, el control gubernamental y sus dependencias económicas directas de los plutócratas.

La independencia y la apertura hacia la crítica se circunscribe por ahora a la prensa bogotana. La prensa periférica posee una circulación regional considerable, pero es más comercial, oportunista y servidora del interés económico y político de las oligarquías locales (sobre todo en Cali, Medellín y Barranquilla); sin embargo, como siempre, en su

momento se adecuará a las demandas de sus lectores, en la medida en que se expandan las ondas de opinión definida cuyo epicentro es la capital nacional.

La transferencia del espacio de generación de opinión pública, del antiguo locus político partidista y parlamentario, a la nueva esfera pública fundamentada en los medios, coloca en primer plano, en calidad de actores públicos, a los comentaristas de la prensa que están escribiendo con independencia crítica.

La esfera pública que está reabriéndose es distinta de las precedentes del siglo XIX y mitad del XX porque en ellas: (a) se combatió por el trascendental dilema de la prevalencia de la cultura tradicional o sagrada, o el cambio inducido hacia la moderna o secular; (b) los actores agitadores fueron eminentes intelectuales socio-culturales que comunicaban sus narrativas a través del dinámico periodismo clásico; (c) los actores populares continuamente expresaron sus demandas o apoyos en espacios públicos hoy perdidos (en escenarios de las calles, plazas, iglesias, cafés, campos universitarios, sedes de partidos y de otras asociaciones, veladas hogareñas, etc.); (d) dada la gravedad de la cuestión esencial disputada, en situaciones de intolerancia los bandos decidían el control del poder en guerras civiles, y (e) la época correspondía al modelo estado-céntrico-oligárquico que se prolongó hasta 1958, cuando fue sustituido por la alianza corporativo-massmediática-burocrática, caracterizada por baja legitimidad y mínima autoridad durante todo el Frente Nacional (o sea, hasta hoy).

La nueva esfera pública coincide con (a) la profundización del corporativismo y el clientelismo; (b) la pérdida de legitimidad social del clásico espacio político basado en parlamento, partidos y elecciones; (c) el surgimiento del nuevo espacio político basado en la mass-mediación, esto es, una realidad virtual en la que (d) las opiniones públicas son medidas por firmas encuestadoras no siempre neutrales, y (e) son influidas por los propios opinantes y por los comentaristas críticos de la prensa o por los intelectuales orgánicos del régimen, incluidos los ejecutivos de los gremios para la defensa de los intereses privados.

La nueva esfera pública irrumpe ruidosamente en los primeros meses de 1995, cuando los medios informan sobre la penetración del narcotráfico en la campaña presidencial, y la prensa desplaza al parlamento y ocupa el vacío del liderazgo partidario, en tanto espacio de generación de opiniones públicas. Los mensajes de los comentaristas adquieren un carácter agonal por las desaprobaciones, censuras, denuncias, controversias agudas y oposiciones de diversa naturaleza. Estas son básicamente dos: (a) las de intelectuales y periodistas orgánicos del establecimiento del poder, y (b) la de los escritores públicos, y periodistas ajenos al establecimiento y a su régimen —cuyo influjo eventualmente podría ser considerado como germinal de una nueva esfera pública democrática-social.

Unos y otros coinciden en la necesidad de hallar la verdad acerca del financiamiento de las campañas con fondos provistos por el cartel de Cali, y en la necesidad de depurar la clase política corrupta, moralizar la burocracia y efectivizar la función pública (19), cada vez más distante de la gen-

(18) Véase “Los partidos políticos, 1990-1995”, en Francisco Leal Buitrago (coord.), *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa* (Bogotá: Tercer Mundo Editores-IEPRI-Colciencias, agosto de 1995), pp. 63-92, esp. p.86.

(19) Acerca de las políticas sociales, el politólogo Francisco Leal Buitrago, comenta que “dejan serias dudas sobre su efectividad, no solamente por la manera como han sido formuladas y manejadas por el gobierno, sino también por los condiciona-

te. Sin embargo, los dos grupos críticos también difieren en los objetivos:

1. Los críticos intraélite reflejan la división doméstica del establecimiento plutocrático, que busca relegitimar el régimen y profundizar el suspendido proceso neoliberalizador. El vacío de liderazgo político es superficialmente resuelto por el posicionamiento temprano —con lógica estratégica reproductiva del régimen y de retorno de los technopols, de su dorado exilio en Washington, D.C.,— de los precandidatos presidenciales de la familia neoliberal “gavirista”. Disponen del apoyo de *El Tiempo* (20), además de los diarios conservadores de Bogotá (*La Prensa* y *El Nuevo Siglo*), y la revista *Semana*.

2. El discurso de los comentaristas críticos que poseen espacios en *El Espectador* y en otras publicaciones, es de corte democrático (más o menos liberal o social). No basta la depuración de la clase política corrupta, es necesario inducir un nuevo orden social que prescindiera del neocorporativismo, renueve las estructuras de poder político con actores representativos de las clases subalternas, y propugne un modelo de desarrollo inclusivo basado en la redistribución de riqueza e ingreso. El retraso de la organización de movimientos democráticos no le ofrece una oportunidad inmediata a esta opinión pública, pero a diferencia del cuatrienio 1990-94, el establecimiento neoliberal que se apresta a retornar, deberá enfrentar una oposición, intelectual y popular, esto es, la entrada en acción del movimiento hoy latente por el nuevo orden. El retorno neoliberal será su oportunidad. En este grupo, ya son actores reconocidos los intelectuales críticos de *El Espectador* (21) y junto a ellos, desde otras tribunas, los orientadores de la prensa alternativa de periodicidad mensual (22) o trimestral (23), y un amplio

mientos que ellas han experimentado”. En F. Leal B. (coord.) op. cit., p. 16. Se podría añadir que en la era global post-burocrática la planificación es un proceso superado, no obstante lo cual en Colombia tomó casi un año la elaboración y aprobación del plan ordenado por la Constitución.

(20) En *El Tiempo*, los principales comentaristas críticos son el precandidato presidencial Juan Manuel Santos, Enrique Santos Calderón, Francisco y Rafael Santos —todos miembros de la familia propietaria de la empresa editorial— y sólo unos pocos ajenos a ella (notablemente Hernando Gómez Buendía y Rudolf Hommes).

(21) Encabezados de vieja data por los intelectuales Jorge Child, Ramiro de la Espriella, Alfredo Vázquez Carrizosa y el caricaturista Osuna. Asimismo, se han sumado a las páginas de comentarios, entre otros escritores, Iván Marulanda, Silvia Galvis, Luis Carlos Sábica, Luis Villar Borda, Oscar Collazos, Fabio Castillo, Alejandro Reyes Posada, María Jimena Duzán, Jaime Mejía Duque, y Paloma Méndez (seud.). En vista del descentramiento del espacio político —Estado, gobierno, parlamento y demás autoridades y corporaciones emanadas de elecciones— estas personas son mucho más que simples comentaristas: son los nuevos actores públicos de los movimientos emergentes por un nuevo orden social democrático. Son los zapadores del régimen decadente y forjadores del pensamiento para la transición y constitución del nuevo.

(22) La más importante a nivel nacional es Caja de Herramientas, dirigida por el sociólogo y politólogo Pedro Santana, quien también preside la Corporación S.O.S. Colombia - Viva la Ciudadanía. Se han publicado 31 números desde su fundación en 1991; según informa, hoy imprime y distribuye 35.000 ejemplares. Entre sus colaboradores con análisis y comentarios vale mencionar a los economistas Jorge Child, Jorge Iván González, Libardo Sarmiento Anzola, Beethoven Herrera Valencia, Alvaro Zerda Sarmiento, Oscar Rodríguez Salazar, Darío Restrepo, Mauricio Uribe López y Juan Patricio Molina; los politólogos Rubén Sánchez David, Francisco Leal Buitrago, Eduardo Pizarro León-Gómez y Ricardo García Duarte; los educadores Carlos E. Vasco y Abel Rodríguez; los periodistas Lisbeth Fog, Margarita Marín y Francisco Quintero, y a los escritores de otras profesiones (sociología, derecho, etc.) Fabio Velásquez, Jaime Zuluaga Nieto, Alonso Salazar, Jorge A. Bernal, María Teresa Muñoz Lozada, Arturo Cova (seud.), Gloria Rosero Acevedo, William Alvis Pinzón y José Manuel Barreto.

(23) Entre otras publicaciones se destacan las revistas universitarias de las ciencias sociales, y la de mayor difusión, editada por el CINEP, titulada *Cien Días*, de la que han aparecido 29 números en los últimos siete años. Se anuncia la próxima publicación de una revista según el modelo y la orientación ideológica del semanario *Alternativa del Pueblo*, que dirigió el respetado maestro Orlando Fals Borda entre 1974-75.

número de otros intelectuales enseñantes e investigadores de las ciencias sociales. Todos ellos conforman lo que Pierre Bourdieu llama el campo intelectual, como parte del campo social.

El campo intelectual

En sus dos libros recientes (24) Alain Touraine, uno de los más apreciados latinoamericanistas y un teórico de la acción social, vuelve su mirada hacia los intelectuales de ayer y de hoy. A éstos los analiza según dos tipos básicos: los tecno-económicos y los socioculturales. Tras lamentarse de la crisis de la racionalidad sustantiva o “crisis de la modernidad” escribe:

“Sobre las ruinas del progresismo se separan, de un lado los que ponen su inteligencia al servicio de las empresas y los gobiernos, o de su éxito personal; del otro lado, quienes ven en la sociedad moderna el crecimiento y la difusión de los controles sociales. Nuestra sociedad (...) parece privada de ideas y de imaginación. Fuera de los países más privilegiados, la ausencia o la debilidad de los intelectuales resulta más dramática” (Touraine, 1994: 183-4).

El autor señala que en los años ochenta, la práctica se desvincula de la teoría, la eficacia se sobrepone a la crítica, y los tecno-económicos desplazan a los socioculturales. Sin embargo, en el este europeo (sobre todo en Polonia) “los intelectuales desempeñaron un papel admirable en la crítica y el derrumbe de los regímenes comunistas” (op. cit., p. 185).

Tras ocuparse detenidamente sobre los procesos de subjetivación (25), el autor considera que el papel de los intelectuales de hoy debería ser el de “ayudar a la emergencia del sujeto, aumentando la voluntad y la capacidad de los individuos para ser actores de su propia vida”, ya que “el sujeto choca con la lógica del sistema, que lo reduce al papel de consumidor y defensor de sus intereses propios en un medio ambiente cambiante” (ibíd, p. 384).

“El retorno del sujeto puede tomar las formas más mercantiles, pero también provoca el surgimiento de emociones, de movimientos de solidaridad y de reflexión sobre los grandes problemas de la vida humana” (p. 384).

Con relación a las ciencias sociales señala que en el último decenio se han dividido estas dos corrientes principales:

“Por una parte, un pensamiento crítico que denuncia el conjunto de la vida social como su aparato de dominio, manipulación y exclusión y, por otra, el individualismo metodológico que rechaza toda visión del sistema social y reduce el actor social a su interés” (26).

En Colombia, el cierre de la esfera pública en 1949 significó el fin del campo intelectual, cuyos actores combatie-

(24) Crítica de la modernidad (las referencias a esta obra corresponden a la edición en portugués de Editora Vozes, Río de Janeiro, 1994) y la obra citada, *¿Qué es la democracia?*

(25) También lo hace Norbert Lechner en *Los patios interiores de la democracia: Subjetividad y política* (Santiago de Chile: FLACSO, 1988).

(26) A. Touraine, “Modernidad y especificidades culturales”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* (París) N° 139 (1994), pp. 469-83.

ron con ideas —en la prensa y en establecimientos educativos— por la modernidad, unos, y por la sociedad sagrada, otros. Si bien la modernidad no se logró con la modernización tradicionalista del Frente Nacional, el pacto oligárquico desvaneció ese antagonismo ideológico y práctico. Quedaron pendientes otros asuntos trascendentales, como los problemas de la democracia, la distribución social del producto, el Estado de derecho y otros concernientes a la propia noción de modernidad. No obstante, esta temática no pudo ser discutida en el campo intelectual, el cual no fue reconstituido.

Múltiples han sido las estrategias puestas en práctica por la élite bipartidista para impedirlo: cierre de acceso a los medios de comunicación, políticas educativas (privatización de la universidad pública, limitaciones económicas y cognitivas para el ingreso, cierre de facultades de sociología, etc.), rígido control de la agenda pública y otros actos instrumentales perversos.

En su lugar, y con la finalidad de instrumentar la reproducción objetiva y biológica del establecimiento, se creó un espacio espúreo, un coto cerrado para la conversación pública deferente y poco entretenida por su falta de originalidad, por parte de los technopols (27). Estos actores hablan e intercambian ideas públicamente sobre las variables macro-económicas, los del polo dominante desde el neoclasicismo, y los del polo dominado desde el keynesianismo, antes, y ahora desde el neo-estructuralismo.

Los intelectuales socio-culturales no han logrado constituir su campo. Los académicos de las ciencias humanas se hallan atomizados. El profesor Touraine expresó recientemente en Bogotá (28) que no es posible salir del caos y transitar el sendero de la democracia, sin la práctica de una esfera intelectual activa.

Descentramiento del poder del Estado

En el nivel de las superestructuras, el descentramiento sistémico de lo político y del Estado —la pérdida de su centralidad y su autonomía relativa— ha sido provocada por su deslegitimación y por su desplazamiento por parte de lo económico, esto es, de los dos subsistemas de redes del capital (el visible y el subterráneo) que se integran en el ámbito del mercado. El Estado-centrismo es un hecho histórico ya trascendido, lo cual hace de su recentramiento sistemático una propuesta en una agenda democrática —una vez llegue a adquirir en la realidad la desconocida esencia de Estado social—, o aún de Estado de derecho liberal.

“El peligro de la sumisión de la sociedad al Estado es grande, cuando la sociedad política está completamente separada de la sociedad civil; la primera no puede evitar entonces confundirse con el Estado y someter a éste los acto-

res sociales, que los políticos pretenden prisioneros de sus particularismos” (29).

Más importante que esa mutación superestructural es el comportamiento colectivo de la población (30), provocado por el derrumbe moral y político de las estructuras valorativas, normativas e institucionales (crisis ética, hegemónica y estatal). En un entorno desestructurado y de descomposición, la clásica alienación, la pasividad, se transforman en diversos modos de (re)acción colectiva ante el empobrecimiento de la mayoría y las múltiples crisis, en primer término, la de ética y la de hegemonía intelectual y moral de la clase dirigente.

Las mayorías políticamente indiferentes ahora están empezando a interesarse en los asuntos públicos, así continúan sumidas en el abstencionismo electoral; las minorías que concurren a las urnas están abandonando la adscripción histórico-cultural a los “partidos” tradicionales y las minorías rebeldes están siendo más activas y crecientes. Pese a su impotencia, desorganización, falta de liderazgo y persistencia de la represión estatal y para-estatal, las mayorías auto-marginadas de la acción social y las minorías electorales, están siendo sensibles en la búsqueda de un nuevo orden social y político.

Durante el régimen del Frente Nacional —aún vigente en lo sustantivo por el corporativismo y la consociatividad— el excluyentismo constitucional y político y la permisividad de los medios de comunicación impidieron la conformación de una esfera pública. Ahora, el esquema de complicidades bipartidistas y mediáticas está sucumbiendo ante la necesidad del deslinde frente a la corrupción generalizada. Los actores de la Carta de 1991 imaginaron una sociedad política abierta, algo que no pudo efectivizarse debido al fiasco de la AD M-19, a la ausencia de liderazgo independiente, y porque en la coyuntura post-constitucional inmediata aún no se había presentado con tanta visibilidad el patrimonialismo de las élites y la honda penetración del narcotráfico en el Estado y en las campañas electorales. Así, lo ético ha sido el precipitante del cambio de actitudes y del comportamiento electoral, de los procesos sociales ético-reactivos, mientras proseguía el proceso corriente de subjetivación, que es sustantivamente diferente del proceso de modernización alejado de la modernidad (31).

Subjetivación y comunitarismo

Touraine considera que la idea de sujeto combina tres elementos: la resistencia a la dominación; el planteamiento individual de su libertad como objetivo central, y el reconocimiento de los demás como sujetos. Y añade:

“El sujeto se constituye criticando, de un lado, el instrumentalismo, y del otro el comunitarismo, que son las

(27) Abreviatura de “politécnico” en el jargon de los organismos internacionales con sede en Washington, D. C. John Williams es autor de un documento titulado *Search of a Manual for Technopols* (1993). El grupo de politécnicos neoliberales del “gavirismo”, ahora congregado en esa ciudad, aparece con nombres propios y en un mosaico de fotografías personales, en la edición del *El Espectador*, del 10 de septiembre de 1995, p. 1-E.

(28) En la conferencia “América Latina: entre la integración y la exclusión” pronunciada en la Universidad Nacional, el 8 de septiembre de 1995.

(29) Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?*, op. cit., p. 152

(30) Véase Donald Granberg and Thad Brown, “On Affect and Cognition in Politics”, *Social Psychology Quarterly*, N° 52 (1989), pp. 171-182.

(31) El profesor Fernán González, considera que el “voto de opinión”, el “desdibujamiento de las lealtades absolutas y de las fronteras entre los partidos” guardan relación con los cambios sociales de urbanización, secularización, “crecimiento de los estratos medios”, ampliación de la cobertura educativa y nuevo rol de la mujer. Véase del autor, “Elección presidencial: ¿Opinión, imagen o maquinaria?”, en *Política Colombiana*, (Bogotá), Vol. 4 N° 4 (1994), pp. 25-32, esp. p. 26.

formas degradadas de los principios de racionalización y de subjetivación (op. cit., p. 276) (32).

Las ideas contemporáneas sobre el comunitarismo como una forma de solidaridad social, han surgido y cobrado fuerza entre teóricos sociales y sociólogos norteamericanos, con una percepción endógena y pretensiones de globalidad, mientras sus homólogos europeos tienden a estudiar comunidades objetivas (étnicas, religiosas, etc.). Los comunitaristas más conocidos en la teoría social son los liberales norteamericanos (Walzer, MacIntyre, Taylor y Sandel) (33), pero hay en ese país numerosos autores menos difundidos, con otras versiones de esa tendencia, generalmente más inocuas (como la confusión entre grupo social de interés y comunidad) y también conservadoras.

En una dimensión centrada en lo moral (no sólo ético sino como mores o costumbres) y haciendo énfasis en las responsabilidades antes que en los derechos, se destacan Amitai Etzioni (actual presidente de la Asociación Estadounidense de Sociología) y Philip Selznick (autor de *The Moral Commonwealth*, 1992). Estos autores también destacan la importancia moral de las comunidades integradas en torno de religiones. Selznick escribe:

“El comunitarismo comprende ideas que los socialistas han evitado, por ejemplo, la relevancia de las ideas religiosas, incluidas la doctrina social católica, el evangelio social protestante, y las ideas de socialistas religiosos como Buber y Tillich. La perspectiva comunitaria es también más sensitiva a los valores de la tradición, a la experiencia acumulada de la comunidad, y a las continuidades de la moralidad convencional y crítica” (34).

Acerca de este punto vale la pena citar una de las conclusiones de una investigación latinoamericana sobre las relaciones entre el campo político y el campo religioso (que tiene como referente teórico a varios trabajos de sociología religiosa de Bourdieu, y comprende a los novísimos movimientos espiritualistas y para-religiosos):

“Estas formas ‘hirvientes’ de lo santo y el ‘bricolage’ del místico-esoterismo, no son más que formas diversas de repliegue sobre sí mismos; los creyentes-consumidores no intervienen en el debate ético, no están orientados hacia los grandes problemas de la sociedad, la construcción de un orden justo y solidario les resulta indiferente o ajeno; son,

fundamentalmente, individualistas. Estamos ante formas peculiares, porque (son) religiosas, de narcisismo e individualismo contemporáneos, con nefastas consecuencias en lo social” (35).

De un modo diferente de las concepciones comunitarias pre-modernas, y de algunas de las contemporáneas, Norbert Lechner —a quien se considera un comunitarista postmoderno—, tiene una visión fundamentada en la experiencia de las solidaridades en barrios de excluidos y en otros vecindarios:

“Uso la categoría anticuada de ‘comunidad’ para destacar precisamente el carácter reactivo frente a la destrucción de viejas estructuras de solidaridad. El mismo proceso de modernización que rompe los antiguos lazos de pertenencia y arraigo, da lugar a la búsqueda de una instancia que integre los diversos aspectos de la vida social en una identidad colectiva.

Esta búsqueda ya no se deja expresar en términos de progreso histórico o de interés de clase ni se reconoce en un discurso individualista-utilitarista del mercado. Se nutre de deseos y temores que nos remiten a las necesidades de sociabilidad y seguridad, de amparo y certeza, en fin, de sentimientos compartidos. En este sentido, podemos ver en la demanda de comunidad una ‘solidaridad postmoderna’ (Maffesoli; 1989) en tanto es más expresiva de una comunión de sentimientos que de una articulación de intereses (...). El deseo difuso, pero muy intenso, de comunidad me parece ser un rasgo sobresaliente de la cultura política en América Latina” (36).

Un autor considera que en los grupos raizales colombianos “la vida y la libertad individuales poseen un valor relativo frente a la dimensión comunitaria” mientras “en los medios sociales donde la herencia europea tiene un peso mayor, prima el valor del individuo por sobre la comunidad” y por tanto “allí cabe la idea de contrato”. Reconoce que la gran mayoría de colombianos es mestiza, y así “jalónada y confundida por estas dos tradiciones opuestas, vacila en la definición de los parámetros culturales de su propia identidad” (37).

Esta visión del comunitarismo —más etnocéntrica que societal— comprende desde luego a las subculturas aborígenes y raizales, pero no es claro que por su condición, “la gran mayoría mestiza” posea limitaciones para la subjetivación o la obligación política. ¿Cómo podría entenderse la capacidad demostrada por esa mayoría para renunciar a la adscripción de la identidad partidaria tradicional?. En efecto, en el reciente informe de una investigación electoral, basada en encuestas por muestreo en áreas urbanas y rurales, y realizada en la Universidad de los Andes, se lee:

“El principal resultado de esta investigación radica en los altos porcentajes de participación promedio del votante independiente, en comparación con los demás tipos. Este

(32) A la visión liberal del sujeto se contraponen la de los autores de la tendencia comunitarista. Un grupo de científicos sociales de esta tendencia ha publicado una obra colectiva sobre el tema, y no tanto sobre el concepto señalado en el título: Michael Walzer (ed.), *Toward a Global Civil Society* (Oxford: Berghahn Books, 1995), que como volumen 1º de la serie sobre International Political Currents, ha empezado a editar la oficina en Washington de la Friedrich-Ebert-Stiftung.

(33) La literatura básica del comunitarismo puede ser consultada en la siguiente bibliografía: Michael Walzer, *La ciudadanía social* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1995); *Esferas de justicia* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993); *Interpretation and Social Criticism* (Cambridge MA., 1987); y “La idea de sociedad civil”, *Ciencia Política* (Bogotá, 1994) N° 35; Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud* (Barcelona: Ed. Crítica, 1987); *Tres versiones rivales de la ética: Enciclopedia, genealogía y tradición* (Madrid: RIALP, 1992); *First Principles, Final Ends, and Contemporary Philosophical Issues* (Milwaukee: Marquette University Press, 1990); Charles Taylor, *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity* (Cambridge, MS.: Harvard University Press, 1989); *El multiculturalismo y la política del reconocimiento* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, Col. Popular, 1994), y Michael Sandel, *Liberalism and the Limits of Justice* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982). Sobre la controversia entre liberales individualistas y comunitarios, véanse S. Avineri y A. de-Shalit (eds.), *Communitarism and Individualism* (Oxford University Press, 1992) y Stephen Mulhall y Adam Swift, *Liberals and Communitarians* (Oxford: Blackwells, 1992).

(34) “From Socialism to Communitarism”, in M. Walzer (ed.), op. cit., p. 128.

(35) Imelda Vega-Centeno, “Sistemas de creencia: entre la oferta y la demanda simbólicas”, *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 136 (marzo-abril, 1995) p. 69. Este número está dedicado al tema “religión y cambio social”, y en varios artículos destaca la participación de la iglesia en procesos de paz, así como en las Comunidades Eclesiales de Base.

(36) “La búsqueda de la comunidad perdida: los retos de la democracia en América Latina”, *Fin de Siglo* (Cali) N° 5 (junio 1993), pp. 5-15, esp. 11-12.

(37) Luis Alberto Restrepo, op. cit., p. 107.

hallazgo sugiere un cambio significativo en la orientación electoral de la ciudadanía colombiana, que puede explicarse como efecto de los procesos de urbanización y modernización del país y como resultado de la descomposición del sufragio tradicional” (38).

EL VOTO CIVICO-INDEPENDIENTE

Tipos de electores

Según su adscripción o su desvinculación (definitiva o transitoria) de los partidos políticos tradicionales, en las elecciones hacen presencia tres tipos de electores: (1) los tradicionales; (2) los independientes, y (3) los switchers (39).

El tradicional expresa su pertenencia liberal o conservadora; es un votante más o menos regular por los candidatos o listas que se presentan en nombre de su respectivo partido, y el móvil de su fidelidad suele estar referido a una racionalidad instrumental como beneficiario del sistema bipartidista, o bien puede ser un votante expuesto a la manipulación de los medios, así como también un elector sincero, espontáneo y hasta ingenuo (no son escasos los socialmente excluidos que votan por los responsables de su condición social marginal). Cabe así distinguir dos sub-tipos: el tradicional fiel y el utilitarista tradicionalista. Sumados han congregado la mayoría en casi todas las elecciones.

El independiente corresponde a una categoría muy precisa y estadísticamente discreta. Es una persona que en las encuestas por muestreo revela su desvinculación absoluta de ambos partidos tradicionales. Potencialmente, una parte de estos individuos podría comprometerse con un tercer partido o movimiento político que posea credibilidad y guarde relación con alguna tendencia programática. Sin embargo, ante la carencia de tal alternativa, en la práctica los independientes que deciden concurrir a las urnas, se ven compelidos a votar por un candidato tradicional, generalmente como un modo de votar en contra de otro tradicional (voto-castigo).

El voto independiente, en magnitud variable, ha hecho presencia en las elecciones presidenciales desde 1970 hasta hoy, retrayéndose en las elecciones de Congreso y en las de autoridades y asambleas sub-nacionales. No obstante, por primera vez en forma masiva, los independientes se sumaron a los cívicos en los comicios de alcaldías celebradas el 30 de octubre de 1994, en los 10 municipios donde se pre-

sentaron candidatos independientes en contraposición a los candidatos tradicionales. Por carecer de identidad partidaria es una “masa crítica” de volátiles, la cual es complementada por el siguiente tipo de votante.

El switcher (40) es un elector que conserva su adscripción partidaria tradicional cuando vota por candidatos de otros partidos distintos del de su pertenencia. Hay dos clases de switchers:

(a) el clásico, que en corto número y en forma ocasional ha venido cruzando su voto en elecciones presidenciales desde 1970 hasta hoy, generalmente con un sentido negativo de voto en contra de su copartidario.

(b) el nuevo switcher es un fenómeno reciente y de gran importancia por su carácter masivo. En su mayoría son liberales desencantados (también conservadores, en menor proporción) que votan por un candidato independiente sin desertar de su identidad partidaria tradicional. En octubre de 1994 este subtipo llegó a ser de gran tamaño relativo en las elecciones de alcaldes, en los diez municipios donde los C-I obtuvieron holgadas mayorías. Este electorado de nuevo tipo, antes desconocido, es el cívico.

La presencia del elector cívico requiere necesariamente de una oferta de candidaturas en la que frente a uno o más tradicionales, compita un auténtico independiente, situación inédita en comicios distintos de los de alcaldes en 1994. En ellos, y en los referidos municipios, hubo una confluencia de dos tipos de electores por el candidato no-tradicional: los propiamente cívicos (mayoritarios) y los independientes (minoritarios). Esta convergencia produjo en cada caso un movimiento de alianza, y por ello aquí se alude a movimientos locales cívico-independientes (C-I).

Esta masiva volatilidad puso en evidencia los avances en el actual proceso de subjetivación colectiva (la seria erosión de las lealtades tradicionales a los dos partidos históricos), aconteció cuatro meses después de la segunda ronda electoral para Presidente de la República —comicios en los que los C-I no podían manifestarse por ausencia de un candidato C-I auténtico en ambas vueltas—.

En vista de que hasta ahora las elecciones presidenciales han sido concurridas sólo por votantes tradicionales e independientes que carecen de alternativa diferente de una oferta de candidatos tradicionales, es una incógnita la magnitud de la respuesta de los cívicos locales a la probable presencia de uno o más candidatos verdaderamente independientes al menos en la primera vuelta para Presidente en las elecciones previstas para 1998. Es reciente la demostración del fenómeno de la erosión de las lealtades partidarias tradicionales, con un tan acentuado perfil que induce a suponer un cambio cualitativo conducente a una fuga o estado transicional hacia el tipo de elector independiente. Este, el elector cívico y el switcher ya no están votando por un partido sino por un candidato (41).

(38) Phillip Kauf y Claudia Mojica M., “El votante colombiano: elecciones de marzo 13, mayo 29 y octubre 30 de 1994” (mimeo) (Bogotá, agosto de 1995).

(39) El politólogo Ricardo García Duarte, se refiere a dos tipos de voto: el de clientelas partidistas tradicionales y el voto de opinión. Este último lo subdivide en dos subcategorías: la de independientes y la que él denomina normal, la cual guarda identidad con un partido. Véase de este autor, “El mercado político y la lógica de clientela”, en *Revista Foro* (Bogotá) N° 23 (abril, 1994), pp.17-25, esp. p. 19. El politólogo Fernán González también relaciona el voto no-tradicional con el “voto de opinión”. Véase de este autor, op.cit., p. 26. En el presente ensayo el voto independiente no es sólo el de opinión o cognitivo sino también el de la población de bajos niveles de educación e información, que se identifica como tal y vota motivada por emociones o por racionalidad crítica, como la reactividad ante la crisis ética que es atribuida a determinados actores o agencias.

(40) Dos especialistas en análisis electoral estudian la volatilidad con base en series de encuestas pre y post-electorales que registran las intenciones de voto y la conducta, un mejor método que el de variaciones de simples resultados en serie, de Crewe y Denver. Véase Donald Granberg y Soren Holmberg, “Election Campaign Volatility in Sweden and the U.S.”, in *Electoral Studies*, año 3 N° 10 (1991), pp. 208-230. La conocida obra de Ivor Crewe y David Denver fue publicada en 1985 (London: Croom Helm).

(41) Véase Martín Wattenberg, “The hollow realignment: partisan change in a candidate-centered era”, *Public Opinion Quarterly*, vol. 51 (1987), pp.58-74.

Los tradicionales

En 1990-94 se acentuó la crisis electoral de los partidos tradicionales, disminuyeron las tasas de participación electoral y las tasas de arrastre de los partidos. En las elecciones para Senado en 1990 se contaron 4'718.000 liberales y en 1994, un poco menos de tres millones. En las presidenciales de 1994 Samper obtuvo 3'733.000 votos, de los cuales 3'200.000 partidarios y 533.000 entre independientes y switchers clásicos (42). La votación conservadora para senado y cámara es siempre inferior en comparación con las que obtienen esos partidarios en las otras clases de comicios. En 1990 votaron por Pastrana 2'554.000 conservadores; 673.000 independientes y 350.000 switchers clásicos (43).

Los cívicos

Como se vio, los nuevos switchers o cívicos son un potencial relativamente enorme en elecciones de alcaldes, como se infiere de los resultados de los comicios de 1994 en los diez municipios referidos, tomados como una muestra —más precisamente del sub-universo de ciudades intermedias— de la pérdida de lealtades a los partidos tradicionales.

Sin embargo, no todos los votos percibidos por los movimientos C-I corresponden a cívicos. Se estima que de los 850.000 votos percibidos por los alcaldes C-I, 550.000 fueron emitidos por switchers cívicos (400.000 liberales y 150.000 conservadores); y 230.000 por independientes y 70.000 por adictos a la AD-M19. En resumen, casi dos tercios por C-I y un tercio por los tradicionales. En Bogotá, según encuesta del CNC (44), de un total de casi 500.000 votos por Mockus, los cívicos fueron 270.000 (190.000 liberales y 80.000 conservadores); otros 190.000 independientes; 20.000 de la AD-M19, y 12.000 sin información identitaria.

Es importante señalar que en los municipios mencionados la acción colectiva de los C-I no incrementó la votación total en aquéllos, lo que significa que el nuevo comportamiento electoral ocurrió prácticamente entre los mismos votantes habituales (suponiendo una tasa normal y similar de recambio, esto es, de electores entrantes que reemplazan a los salientes). En otras palabras el abstencionismo crónico apenas habría sido removido en mínima parte, no obstante la movilización electoral de los C-I.

El primer movimiento C-I auténtico fue el de Barranquilla en 1992, que eligió alcalde al sacerdote Bernardo Hoyos. Ese logro fue reeditado en 1994 en esa urbe, y también en la capital del país, en Cúcuta, en otras cinco ciudades intermedias, y en sólo dos municipios rurales. De aquí se infiere que el potencial de los movimientos electorales C-I se localiza básicamente en los sectores semi-urbanos, y en dos grandes ciudades; más no —comprobadamente— en el sector rural y en tres ciudades (Cali, Medellín y Bucaraman-

ga), en los que el comportamiento electoral suele ser conformista ante las listas o candidaturas de autoridades presentadas por la vieja clase política, patrocinada por las respectivas oligarquías locales y los carteles del narcotráfico.

Los independientes

Según encuestas por muestreo la población colombiana ha mantenido algún grado de identificación con los partidos tradicionales en una proporción de dos tercios, mientras el tercio restante declara abiertamente su independencia respecto de ellos. Por tanto, en el país habría más de 8 millones de personas mayores de 18 años de edad que no se identifican con el liberalismo ni con el conservatismo. Al igual que los 16 millones de tradicionales, los independientes son en su mayoría abstencionistas (en proporción más alta los últimos).

Hay unos 6 millones de tradicionales y 2 millones de independientes que en proporciones variables, según coyunturas, se hallan motivados para votar y gran parte de ellos suelen hacerlo con cierta regularidad. Sin embargo, los independientes prefieren concurrir a las urnas en los comicios presidenciales y sólo en ínfima proporción a las demás elecciones.

En ciertas ocasiones, parte de los independientes ha votado por movimientos heterodoxos. Así, por el MRL en los sesenta; por ANAPO en 1970; por Galán en 1982; por la AD M-19 en 1990 (en mayo para presidente y en diciembre para ANC), y por primera vez en el nivel local, por los movimientos C-I en los municipios correspondientes, en octubre de 1994. En elecciones presidenciales llegaron a votar unos dos millones en 1990 (1.5 millones por Gaviria y 500.000 por Navarro), y unos 750.000 por delegados de AD-M19 a la ANC. En las últimas elecciones presidenciales votaron sólo 1'133.000 (673.000 por Pastrana y 460.000 por Samper) (45).

Pese a ser una minoría en el conjunto de la votación, los independientes no solo mejoraron sustancialmente las votaciones por López en 1974, por Barco en 1986, y por Gaviria y Navarro en 1990, sino que provocaron los casi-empates en los resultados de 1970, por su apoyo mayoritario a Rojas Pinilla, y de 1994, al preferir a Pastrana. Por último, fueron decisivos en el triunfo de Betancur en 1982, al votar en contra de la aspiración reeleccionista de López, no obstante su trasfondo liberal.

Una característica del voto independiente es su concentración en favor de un candidato (o en contra de su competidor) en unos casos, o su dispersión, en otros (como en los casos señalados de comicios presidenciales de 1990 y 1994). Hacia el futuro la distribución desigual del voto de los independientes seguirá introduciendo un factor de incertidumbre, con lo cual las elecciones presidenciales adquieren un cierto sentido político.

Comunitarios y corporativos

Aún cuando independientes de las identidades partidistas liberal y conservadora, entre los habituales concurrentes

(42) Véase Oscar Delgado y Miguel Eduardo Cárdenas, "Franja electoral y opinión crítica en Colombia", en *Revista Foro* (Bogotá), N° 24 (septiembre 1994), pp.76-89.

(43) *Ibidem*.

(44) Agradecemos al director del CNC, doctor Carlos Lemoine, el acceso a los tabulados de la encuesta (los cálculos son de los autores).

(45) Véase de nuevo Delgado y Cárdenas, 1994.

a las urnas ha habido un segmento de electores de naturaleza estrictamente comunitaria y corporativa. Son grupos de votantes relativamente pequeños, cuyas posibilidades de crecimiento han sido siempre limitadas por su propia condición. Sumados todos, no alcanzan a exceder el 5% de la votación total en cada elección. En cifras absolutas, en los comicios pre-constitucionales el Partido Comunista (una auténtica comunidad política territorialmente dispersa) difícilmente alcanzaba los 100.000 votos; ya en los post-constitucionales, las nuevas organizaciones comunitarias de otros órdenes (indígenas, cristianos y lunáticos) se han estancado, en el conjunto, en menos de 200.000 sufragios vis a vis un total nacional que oscila entre 7 y 8 millones de votos.

En las elecciones de delegados a la ANC hicieron su aparición, obteniendo 169.377 votos. En un nivel inferior han repetido en los subsiguientes comicios, y en los últimos (los subnacionales del 30 de octubre de 1994) la Unión Patriótica obtuvo 102.000 votos; 93.000 los cristianos y 65.000 la Alianza Social Indígena. Los grupos corporativos o de interés más importantes en las urnas son: (a) el magisterio (movimiento denominado “Educación, Trabajo y Cambio Social”) cuyas listas obtuvieron 54.000 votos, con el apoyo de algunos sindicatos (previamente habían logrado uno de los 100 escaños básicos del Senado), y (b) los pensionados por jubilación, que contribuyeron a la elección de un senador.

En 24 municipios de bajo tamaño demográfico, en el área rural (entre alrededor de 1.050 de todos los tamaños en el país) estos grupos ganaron las alcaldías, así: en 12 la Unión Patriótica; en 7 la Alianza Social Indígena (6 en el Cauca y una en el Chocó), y en 2 los Cristianos. Los maestros, por su parte, lograron la elección de 3 alcaldes en otros tantos municipios de pequeñas poblaciones.

En el parlamento, los comunitarios y corporativos han tenido algunos voceros, quienes han sido permeados por el ambiente institucional de conformismo y mediocridad. En síntesis, su influjo político ha sido y sigue siendo poco significativo. Como ha escrito un politólogo, “las minorías étnicas y religiosas (...) están lejos de constituir una fuerza coherente, con un proyecto nacional alternativo” (46). Y, como se anotó, para Touraine el comunitarismo “es una forma degradada de los principios de racionalización y de subjetivación”, juicio contrapuesto al de los teóricos normativos del comunitarismo liberal (Walzer, MacIntyre, Taylor y Sandel) y del comunitarismo democrático latinoamericano (Norbert Lechner).

Viscosidad y volatilidad

El análisis del comportamiento electoral basado en índices de viscosidad y de fluidez es posible gracias a las encuestas pre y post-electorales que permiten cruzar las variables independientes de la (auto)identidad partidaria tradicional con la variable dependiente del voto. La viscosidad es alta si estos partidos pueden retener en los comicios

(46) Eduardo Pizarro Leongómez, “Elecciones, partidos y nuevo marco institucional: En qué estamos?”, en *Análisis Político* (Bogotá) N° 22 (mayo-agosto de 1994), p.90.

la fidelidad de los partidarios, esto es, contener la deserción ocasional de los switchers clásicos o nuevos.

En Colombia (a diferencia de la mayoría de países del planeta en los que el espacio electoral es copado por los partidos) la fluidez o volatilidad es alta pero no se presenta tanto en términos inter-partidarios (o por switchers), sino por la coyunturalmente variable entrada al (o salida del) escenario electoral, de los independientes, siempre en comicios presidenciales, o a la categoría mixta cívico-independiente, en comicios municipales de alcaldes en localidades de tamaño demográfico intermedio. En este caso los cívicos o no fieles y los independientes equivalen a volátiles. Recuérdese que el electorado cívico sólo puede manifestarse en la arena electoral cuando en la localidad hay un liderazgo C-I posicionado.

Las encuestas documentan, además, la fragmentación de los independientes, los cuales distribuyen su voto entre todos los candidatos presidenciales, si bien en cada elección, uno de éstos consigue atraer a la mayoría de aquéllos, como en 1990 y 1994; o bien a casi la totalidad de los sufragios provenientes de tal categoría, como en 1970 (Rojas Pinilla), 1974 (López Michelsen), 1982 (Betancur Cuartas), y 1986 (Barco Vargas).

Cada candidato presidencial tradicional, además de los votos de sus fieles logra captar los de una cierta proporción de independientes. En cambio el candidato C-I, es sustentado por la totalidad de los electores cívicos y además, de hecho, por casi la totalidad o una gran mayoría del voto independiente local. Por eso hemos hallado una combinación implícita cívico-independiente en el nivel local, en un escenario en el que la oferta electoral no contenga un candidato de otro movimiento no-tradicional con habilidad o amplia aceptación popular. Este caso de unidad local de los C-I se presentó en octubre de 1990, pero no sería improbable que los movimientos C-I lleguen a dividirse en los comicios de alcaldes de 1997. Asimismo, en los presidenciales de 1998, cuando los independientes que voten lo harán de modo disperso ante la ausencia de un líder capaz de unificar su apoyo electoral y debido a la diversidad de sus identidades sociales y culturales.

Resumen

La pérdida de las lealtades partidarias de la población comprende no solo a la gran mayoría de ella que no vota, sino a la minoría que suele hacerlo por cualquier motivación o incentivo. La ruptura de los antiguos compromisos fue facilitada por la despolitización, y la consociatividad que derivó en la indiferenciación partidaria y la corrupción.

En lo societal privan la desintegración y la descomposición. Ese cuadro podría ser identificado —en términos de Lefort— como lo social, pues en vez de sociedad hay “una vasta organización de redes de numerosas relaciones de dependencia”, porque tanto el campo social como el político carecen de instituciones legítimas y de organizaciones macro. Según este autor esas redes serían “gobernadas por un aparato dominante”; no siendo éste el caso, las situaciones indicadas más bien configuran una síntesis caótica.

En el interior de la estructura del poder, el estallido de los acontecimientos de 1995 —éticos y de otras índoles— fue provocado también por la fragmentación de las élites, especialmente de las de naturaleza política, actualmente en relación de confrontación. Entre la minoría que vota, el incremento de los independientes y la retirada de un sector de los liberales urbanos determinó que en dicha estructura del poder, el liberalismo tradicional dejara de ser el eje del área política, después de haber sido hegemónico durante los 36 años de vida del Frente Nacional (1958-1994).

El cambio se hizo notorio en las dos vueltas de elección presidencial de 1994, cuyos resultados fueron empates técnicos con apenas una leve mayoría del candidato liberal sobre el conservador.

En la crisis no corre riesgo la continuidad del régimen elitista-corporativo apoyado en el ejército, ante la ausencia de contra-élites y la aparente abulia popular. Lo que está en juego es la posición dominante de la élite neo-liberal, perdida en 1994 con el acceso de Samper a la presidencia, quien en procura de la difícil gobernabilidad y por pago de servicios prestados a su campaña, debió incrementar notoriamente la cuota burocrática de las redes clientelares patrocinadas por los parlamentarios liberales y conservadores de la vieja clase política.

Las actitudes de la población son polivalentes porque según las encuestas urbanas: a) más de un 80% condena enfáticamente la corrupción; b) su apoyo a precandidatos presidenciales anti-corrupción versus un 24.1% en favor de precandidatos pertenecientes a la vieja clase política, o que cuentan con su adhesión, mientras un 14.1% rechaza a unos y otros (en parte porque pertenecen al pequeño grupo de comunitarios y corporativos electorales, y en parte porque votarían en blanco o anularían el voto).

Los dispersos sectores democráticos rechazan fuertemente la corrupción y el clientelismo, pero no lograron articular un movimiento que les permitiera posicionarse en el juego político y aprovechar la oportunidad de intervenir en medio de la crisis. Las banderas de la ética y la búsqueda de un orden social, han quedado así de hecho públicamente monopolizadas por la élite neo-liberal congregada en torno del ex-presidente César Gaviria (actual Secretario General de la OEA) que con el sustento del voto urbano mayoritario se apresta a ganar las próximas elecciones presidenciales, en cabeza de uno cualquiera de los varios aspirantes de tal familia política.

La población que asiste a las urnas electorales tiene un comportamiento polivalente. En elecciones presidenciales se libera de las redes clientelares, queda en situación de masa manipulable por los medios que configuran las imágenes, y así es atraída a votar por candidatos elitistas. Inversamente, en elecciones parlamentarias el electorado —que en esta clase de comicios es menguado— sufraga por los “caciques” de la clase política, en retribución de servicios recibidos o por expectativas de beneficios personales o familiares.

En ambas cámaras del Congreso, la gran mayoría de los parlamentarios (liberales, conservadores y de los pequeños movimientos comunitarios y corporativos) tradicionalmente hace causa común con los presidentes de turno, a cambio de acceso al *pork barrel*, a cuotas de contratos y a empleos en

la administración. Esta práctica se presentó durante el gobierno de Gaviria, y ahora con mayor intensidad, en el de Samper. El control negociado del órgano legislativo por parte del ejecutivo, ha sido normalizado durante el Frente Nacional, esto es, un patrón incesante, agravado durante los gobiernos de López, Turbay y Samper.

Prospectiva: hacia la hegemonía elitista neo-liberal

Los conflictos inter-élites, —de mayor visibilidad— han sido los de la alianza López-Turbay en contra de Carlos Lleras (en los setentas), y —tras el interregno de arreglos internos y apariencia de consenso elitista en 1974-1994— ahora lo es el notorio de Gaviria versus Samper.

La primera confrontación fue resuelta por la derrota de la hegemonía de la tecnocracia apadrinada por Carlos Lleras, y el ascenso y fuerte predominio del clientelismo acaudillado por Turbay y López, hecho que suscitó el movimiento de opinión pública encabezado por el sacrificado dirigente Luis Carlos Galán (asesinado en 1989). La de ahora se resolverá, sin duda, con la disminución del imperio del clientelismo pero no con su extirpación, en vista del control casi absoluto del voto rural por parte de los “caciques”, lo que les asegura su reelección al Congreso.

Desde el punto de vista de la población, si bien el próximo gobierno traerá el beneficio de la previsible decadencia del clientelismo, la contrapartida será el costo social de la consolidación del modelo de desarrollo neo-liberal, conducido por los technopols gaviristas, quienes lo aplicaron a medias durante el anterior cuatrienio: apertura mercantil internacional sin modernización del Estado ni reducción del gasto de funcionamiento.

La puesta en marcha de la estrategia gavirista incluye el posicionamiento temprano del nuevo elenco elitista de aspirantes a la presidencia, quienes no alcanzan a llenar el prolongado vacío de liderazgo nacional ni de conducción partidaria. Ese nuevo elenco elitista, apadrinado y conducido por Gaviria, cuenta con el respaldo de la mayoría de la opinión pública urbana, según las encuestas, y ahora está, más que confrontando, hostigando al presidente Samper para inducirlo a renunciar al cargo, cuando aún le restan tres años del período constitucional.

En la encuesta más reciente (47) continua Noemí Sanín en la punta de preferencias de la población urbana como candidata presidencial; gracias a la captación de la mayoría de los independientes en asocio con una minoría de conservadores y de liberales switchers. Queda así Andrés Pastrana (otro neo-liberal confeso) con la mayoría del conservatismo y sin la mayoría de los independientes que votaran por él en 1994.

A la población liberal, antes mayoritaria en elecciones presidenciales, ahora parcialmente en retirada, carente de un liderazgo visible, y desorientada, se le están presentando co-

(47) La muestra al azar y estratificada, fue tomada por el Centro Nacional de Consultoría, el 14 y 15 de septiembre de 1995. Los resultados que aquí se reproducen se refieren a la consolidación ponderada de las respuestas en el sector macro-urbano (Bogotá, Cali y Medellín). Se hizo esta pregunta: “¿De los siguientes (personajes) cuál le gustaría a usted como presidente de la república?”.

mo pre-candidatos a tres colaboradores de Gaviria a saber: al exministro de gobierno y actual Vicepresidente, Humberto de la Calle; al exministro Juan Manuel Santos, y al actual Fiscal General de la Nación, Alfonso Valdivieso (figura públicamente respetada por estar ejecutando una operación tipo mani puliti). En el ala samperista sólo tiene figuración en encuestas el actual ministro del Interior, Horacio Serpa Uribe, con un puntaje modesto en el sector urbano, que podría mejorar en elecciones, si la elusiva clase política liberal decide entregarle el voto rural que aún controla.

En los resultados de la muestra urbana citada, los siguientes son los porcentajes de apoyo a precandidatos presidenciales, según frecuencias de respuestas sobre el total de encuestados: (a) neo-liberales de origen conservador: Noemí Sanín, 21.7 por 100; Andrés Pastrana, 15.2 por 100; (b) liberales de origen o simpatías “gaviristas”: De la Calle, 10.4 por 100; Valdivieso, 4.5 por 100 y Juan Manuel Santos, 4.4 por 100; (c) populista de tercera generación: Bernardo Hoyos, 5.1 por 100; (d) precandidatos de la clase política liberal (más o menos “samperistas”): Serpa Uribe, 6.4 por 100; otros (con menos de un 3 por 100 de preferencias cada uno) suman un 9.9 por 100, y (e) Pre-candidatos de la clase política conservadora: Gómez Martínez, 5.9 por 100; otros, 1.9 por 100.

En resumen, los candidatos de la familia neo-liberal gavirista gozan de la aceptación del 56.2 por 100 de encuestados; los de la clase política liberal o “samperistas”, un 16.3 por 100; los de la clase política conservadora, un 7.8 por 100; el populista Hoyos, un 5.1 por 100. Por último, una proporción significativa, del 14.1 por 100 repudió a todos los anteriores, como se vio antes.

Reagrupados los datos de otra manera, el conjunto de candidatos conservadores congrega al 44.7 por 100 del total encuestado; el de los liberales, al 35.7 por 100; el populista, al 5.1 por 100 y las respuestas de no aceptación de ninguno de ellos, el 14.1 por 100. En consecuencia, la relación entre los dos partidos tradicionales es ahora del 55.6 por 100 por candidatos de origen conservador, y 44.4 por 100 por los de origen liberal.

En comparación con la relación histórica electoral, que ha sido en el sector macro-urbano de aproximadamente 2/3 de votación liberal y 1/3 de conservadora, puede inferirse una fuerte decadencia del liberalismo en general, en las tres principales ciudades del país. Tal hecho no debe ser atribuido a una supuesta conservatización del electorado sino al concurso prestado por los presuntos votantes independientes, a los candidatos de origen conservador —sobre todo a Noemí Sanín— y adicionalmente al desaliento de un sector liberal que puede haber decidido pasar al abstencionismo electoral o al segmento de los independientes.

El proyecto de recuperación ética, la intervención electoral de los independientes y el movimiento elitista por entronizar el modelo neo-liberal, podrían alterar el sistema de partidos. De una alianza entre neo-liberales de los dos partidos históricos, y los independientes (viabilizada por Noemí Sanín) surgiría el nuevo partido o coalición neo-liberal —un neo-bipartidismo— como eje dominante de la nueva estructura del poder, con alguna participación burocrática de la vieja clase política de ambos partidos. A ello se llegaría si Pastrana es declarado candidato único del conservatismo, caso en el cual Noemí Sanín continuaría su

campaña en la primera vuelta, y cualquiera fuese el resultado de ésta, podría formalizar una coalición con el candidato neo-liberal en la segunda vuelta.

Si bien el conservatismo podría continuar siendo un partido pre-moderno y clientelista en el Congreso, y a la vez modernizante en elecciones presidenciales, en el liberalismo parece ser inevitable la escisión en dos subconjuntos de redes, diferenciados desde los puntos de vista ético e ideológico: (a) el de la familia neo-liberal y (b) el de la clase política, que continuará eligiendo a los “caciques” electorales al Congreso (salvo si mediante referendo constitucional se prohibiera la reelección por más de un período sucesivo).

Los sectores dirigentes democráticos —intelectuales, y también los pequeños y desarticulados grupos populares que escapan a las redes clientelares— fueron condenados a permanecer marginados de la actual oportunidad de ser actores con opción de juego en la lucha por el poder, en la coyuntura de crisis ética y del clientelismo, que les habría sido favorable. Por ser ya tarde, esos sectores ahora podrían prepararse para ingresar al campo político a través de la oposición al nuevo gobierno neo-liberal que se perfila, sin mezclarse con la vieja clase política que haría resistencia, en el caso de no ser sobornada, como lo ha sido hasta el presente.

La gobernabilidad del presidente Samper ha sido problematizada. Cuando sólo ha transcurrido un año de su período cuatrienal (1994-1998) está siendo afectado por dos oposiciones diferenciadas: (a) la de los intelectuales demócratas que escriben en *El Espectador*, y (b) las de los grupos conservadores encabezados por Gómez Hurtado y Andrés Pastrana. Los sectores más radicales al parecer persistirán públicamente en la petición de la renuncia presidencial. Los intelectuales demócratas rechazan la clientelización del gobierno y las conductas anti-éticas; consideran que el plan de desarrollo social es meramente incremental y asistencialista, e ignora absolutamente la redistribución de la riqueza y del ingreso (48), y que el llamado “salto político” está diseñado para reciclar a la vieja clase política, con miras a reducir el alcance de las críticas independientes de los intelectuales y académicos, cuyo objetivo es sensibilizar a la opinión pública.

Los comentaristas de prensa y pequeños movimientos que reclaman la renuncia del presidente Samper, recuerdan que “para evitar mayores males a la nación”, en el presente siglo tres presidentes abandonaron el cargo antes de finalizar sus períodos constitucionales (Rafael Reyes en 1909; López Pumarejo en 1945 y Rojas Pinilla en 1957), cuando fueron abandonados por la opinión nacional. Tal vez éste no sea el caso actual, si se tiene en cuenta que algo más del 50% de encuestados no halla oportuna la dimisión del presidente, cuando aún no ha culminado la investigación de la Fiscalía (el llamado “proceso 8.000”). Tal opinión, según algunos intérpretes, respondería a la racionalización popular del aforismo revisado: “Más vale malo conocido que malo por conocer”.

Uno de los críticos que con mayor acerbía ha acusado (ética y políticamente) al presidente Samper, el periodista

(48) Sobre el aumento de los índices de concentración del ingreso, véase de Libardo Sarmiento Anzola, “Las miserias de la nación” *El Espectador* (Bogotá), 24 de septiembre de 1995, donde se expresan conclusiones discordantes con las del enfoque neo-liberal de Juan Luis Londoño de la Cuesta, Distribución del ingreso y desarrollo económico (Bogotá: Tercer Mundo Editores-Banco de la República-Fedesarrollo, julio de 1995).

de *El Tiempo*, Rafael Santos, tras reiterar que “persiste una profunda crisis de credibilidad e incertidumbre”, escribe que si bien no cree que el presidente “se caiga o renuncie”, es su opinión la de que éste “será un gobierno con una larga agonía de tres años” (49).

Sin embargo, el presidente Samper cuenta con importantes recursos para el irreversible combate: en la estructura del poder, lo apoya con reticencias el sector corporativo (empresarios, iglesia y ejército), y adicionalmente, la burocracia y la mayoría parlamentaria. Esta última, y el propio presidente, empezaron a confrontar abiertamen-

te al gavrismo, y el Congreso ha amenazado a los medios de comunicación con aprobar una ley de responsabilidades por noticias o comentarios no bien fundamentados.

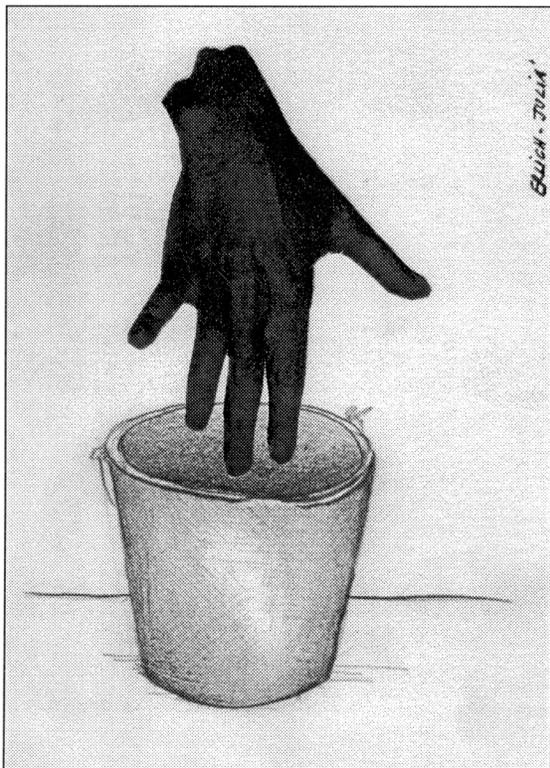
En cualquier caso, lo cierto es que el presidente está abocado a padecer lo que no conoció ningún homólogo suyo en los últimos 37 años: una oposición sin tregua, no tanto en el parlamento pero sí a través de los medios masivos de comunicación. Oposición que desde el ángulo de las políticas públicas y sociales tendría que afrontar más adelante, el gobierno neo-liberal elitista que se dispone a sucederlo.

RESUMEN

Frente a la exclusión tradicional generada por el bipartidismo colombiano emergen nuevas mentalidades y reacciones colectivas expresadas en el crecimiento del voto cívico independiente, reflejo de una pérdida de las lealtades y sentimientos de pertenencia. Además, la actual oposición interna al gobierno alienta un proceso de recuperación de la esfera pública liberal que brinda oportunidades para la acción de nuevos agentes sociales que buscan un nuevo orden democrático.

ABSTRACT

In reaction to the traditional exclusion provoked by Colombian bipartitism, we can notice the rising of new mentalities and social conflicts, which have produced an increment of the so-called “civic-independent” vote. This trend is a reflection of the dissolution of the loyalties to the old parties system. Moreover, the present internal opposition to the government provoked a reactivating process of the public liberal sphere and opens some new opportunities for the action of new social agents in search of a new democratic status.



(49) Rafael Santos, “Tres años de agonía?”, en *El Tiempo* (Bogotá), 17 de sep-

tiembre de 1995, p. 6-A.

